

se nota la más ligera queja contra él, ni la más leve censura de alguna de sus disposiciones, ni siquiera parecer contrario al que el varón de Dios hubiera manifestado en algún negocio; antes todo es alabar su prudencia, encomiar su celo apostólico, admirar el maravilloso fruto que hacía en las almas y manifestar el contento que experimentaban por poder volver, tras breve ausencia, al lado del Sr. Arzobispo.

Y este suave perfume de atracción se extendía á todos los fieles, los cuales se consideraban dichosos en oír, encaminada á ellos, una dulce palabra, ó gozar de una amable sonrisa de sus labios. Sólo los impíos y malvados que, teniendo el corazón corrompido, cerraban obstinados las puertas al arrepentimiento, no podían sufrir aquella presencia angelical, porque delante del Siervo de Dios, como si se miraran en un espejo, veían claramente la horrible fealdad de sus almas, sentíanse como anonadados, y el gusano roedor de sus conciencias los atormentaba sobremanera; mas como apegados á sus vicios no se veían con fuerzas para triunfar de las pasiones y el orgullo que los dominaba no les permitía humillarse, enfurecíanse contra el P. Claret, huían de su presencia y deseaban verle desaparecer de la tierra para que no les inquietara en sus inicuos placeres. Empero la sencilla muchedumbre se acercaba á él con confianza, besábale con respeto el anillo y las vestiduras y no se hartaba de mirar aquel semblante divinamente hermoso por la modestia y santidad que en él se reflejaba. En algunos casos particulares, como solía acaecer cuando en los recreos trataba, según costumbre, del amor de Dios á los hombres, su semblante parecía mudarse por grados hasta adquirir un aire tan celestial, que tenía dulcemente arrobados y suspensos á sus compañeros. Nunca éstos, á pesar de la extrema mansedumbre, bondad y condescendencia con que los trataba, se atrevieron á faltarle en lo más mínimo al respeto; antes de tal manera les imponía la santidad que resplandecía en todas sus acciones y en todos sus miembros, que sin dejar de tratar y manifestarse con él con la confianza de hijos, le reverenciaban y se componían en su presencia de manera que no pudiera notar en ellos la más ligera falta; ni era esto sólo, pues de varios nos consta que guardaban ya entonces prendas suyas como reliquias de un Santo. Todo ello era efecto de la unión habitual que el P. Claret tenía con Dios, á quien tenía presen-

te en todas sus cosas, por quien obraba cuanto hacía y á cuya gloria enderezaba hasta las respiraciones y los latidos de su corazón.

Una prueba fehaciente de la perfección á que el Siervo de Dios había llegado en Cuba, tenemos en la relación sellada y firmada por el actual Obispo de Córdoba, en donde se cuentan algunas cosas extraordinarias que el Señor obró en Cuba para dar á entender la santidad de su Siervo y de las que fué testigo ocular el Sr. D. Fernando Agullana, que fué varias veces compañero de Misión del P. Claret. El documento es tan interesante, que merece trasladarse íntegro. Dice así:

“19 de Marzo de 1892. — Recuerdo que en el año de 1860, si la memoria no me es infiel, conocí en Cádiz al Excmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret y tuve ocasión de admirar sus heroicas virtudes, su vida mortificada y penitente y su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Residía entonces en aquella ciudad mi buen amigo el señor D. Fernando Agullana, compañero que fué de Misión del venerable P. Claret, y ponderando yo la vida ejemplar de este señor, me dijo dicho religioso: “El P. Claret es un Santo. Le he visto más de una vez en oración elevarse sobre el suelo á la altura próximamente de dos metros, y en cierta ocasión (no recuerdo el sitio), íbamos de Misión y nos encontramos á la caída de la tarde sin poder llegar al pueblo adonde nos dirigíamos, por impedirlo un riachuelo que llevaba gran caudal de agua, y era imposible vadearlo. Los conductores y otras personas que nos acompañaban, unos en tartana y otros en caballerías, dijeron que era imposible atravesar el río, y el P. Claret contestó que precisaba llegar al pueblo para dar comienzo á la Misión, y de pronto oímos gran ruido de campanillas y nos encontramos con la tartana y las caballerías al otro lado del riachuelo, lo cual fué un milagro patente. El P. Claret, oyendo nuestras exclamaciones, nos hizo callar, y aquella noche comenzamos la Misión anunciada.” He transcrito las palabras tales como las recuerdo, pues se me quedaron muy impresas en la memoria. = *Sebastián*, Obispo de Córdoba.”

Mas no se crea que por hallarse ya en tan levantada cumbre de perfección y por volar tan alto en sus contemplaciones descuidaba el ejercicio de las virtudes y el acomodar to-

dos los movimientos ó afectos de su ánimo á la voluntad de Dios, que es el fruto práctico de la meditación y contemplación; antes esto era en lo que ponía mayor empeño, como se verá discurrendo por los propósitos, luces y afectos que hizo en los años de su permanencia en Cuba. De lo que sobre esto anotó el Siervo de Dios en los ejercicios del año 1851, se habló ya en otra parte, y así aquí tan sólo hablaremos de lo escrito en los ejercicios de los años posteriores. Las contrariedades que á los principios del 1852 experimentó el Siervo de Dios de parte de algunos que por su posición debían favorecerle y secundar sus planes, fueron sin duda la causa por que en los propósitos hechos en los ejercicios de aquel año, que llevan la fecha del 20 de Abril, figura en primer término el de no poner su confianza para el éxito de sus tareas apostólicas en las autoridades civiles, acerca de las cuales resolvió observar la prudente conducta de aceptar y recibir muy bien la ayuda que espontáneamente le ofrecieren, y de no inquietarse, sino permanecer tranquilo, aunque no le favoreciesen, y hacer él de su parte lo que pudiese, dejando lo demás al cuidado del Señor.

Como de suyo tenía un carácter colérico, por más que á primera vista, por lo mucho que en él se había moderado, pareciese enteramente lo contrario, propuso también no incomodarse ni hablar á nadie con aspereza, sino con mucha dulzura y mansedumbre, para lo cual determinó reprimir hasta los primeros movimientos de ira que asomasen en su alma. Así es como llegó á tanta perfección en esta virtud, que, como otro San Francisco de Sales, parecía hecho de miel por la suavidad con que trataba y conversaba con todos, y por las maneras fáciles y agradables con que ejecutaba todas las cosas. Y porque en ese año estaba en el fervor de sus predicaciones y comenzaba más que nunca á notarse el movimiento extraordinario levantado por ellas en la Isla, resolvió no hablar nunca de sus sermones para estar más lejos de cualquier asalto de vanidad ó de vana complacencia.

Una de las cosas que ya entonces atormentaban su espíritu era la fuerte inclinación que sentía á renunciar el Arzobispado; pues como lo había aceptado con suma repugnancia y sólo por obedecer, siempre fué inclinado á dejarlo para tornar á su vida humilde y menos honrosa á los ojos del mundo. Aunque estas inclinaciones nacían en él de humildad, pensó que

por ventura el demonio intentaba valerse de ellas para hacerle algo remiso en el cumplimiento del elevado cargo episcopal; y así, para cerrar esta puerta al enemigo, propuso no hablar de renuncia, ni siquiera pensar en ello, sino trabajar con todas sus fuerzas en el recto desempeño de los oficios á que su dignidad le obligaba, porque, decía, el Señor, que me ha puesto en este cargo, me sacará de él cuando quisiere. Última resolución de estos ejercicios fué la expresada en esta breve nota de gran perfección: "Deseo el martirio, y, por tanto, sufriré las penas con ánimo de prepararme á este sacrificio."

Por los propósitos y observaciones de los ejercicios de 1853 se deja entender que su inclinación á dejar el Episcopado no había cesado aún á pesar de los propósitos del año anterior, y como esta persistencia le hiciera sospechar la voluntad de Dios en este asunto, para salir de toda duda y no inquietarse entretanto, escribió entre las resoluciones de aquel año: "Pediré la renuncia; pero me quedaré indiferente, tan contento de una cosa como de otra. En caso de poder escoger, elegiré lo más pobre, lo más humillante y doloroso, y cuando padezca alguna pena, persecución ó calumnia, me callaré, daré gracias á Dios y rogaré por los calumniadores." ¡Cuán bien lo cumplió cuando la impiedad le hizo en Madrid, como veremos, blanco de sus mordaces sátiras y de toda suerte de calumnias! Para animarse á abrazar la cruz de Cristo tenía escritas algunas sentencias de profunda y divina filosofía, tales como éstas:—Es gran valor sufrir sin murmurar, y gran sabiduría oír con paciencia. — Debemos mantener el puesto ú oficio que Dios nos ha señalado, luchando hasta morir, sin temer las consecuencias: lo único que hemos de temer es obrar injustamente. — Si queréis llegar á una grande virtud, no os elevéis en la grande estimación de vosotros mismos; creed que nada haréis, y lo haréis todo.

En los propósitos de 1854 se entrevén las persecuciones que le movían sus enemigos, los cuales, por este tiempo, trabajaban con ardor para destruir sus planes y derribar al Capitán general de la Habana, el digno marqués de la Pezuela, que los favorecía. Para levantar su ánimo y no decaer de espíritu, á pesar de todos los obstáculos, hizo este heroico propósito: "No desistiré por las persecuciones, calumnias ó contradicciones: cuanto más, mejor... Procuraré sufrir callando, alegrarme en

las penas, desear padecer más, dar gracias á Dios por las penas que me envía, y á los malos, porque me ayudan á ir al cielo, excusarlos lo posible y rogar á Dios por ellos.„

Receloso de que sus inclinaciones á dejar el Arzobispado nacieran de las muchas persecuciones, penas y trabajos que entonces le abrumaban, cuidó de fortalecer la inclinación contraria con el ejemplo de los santos Obispos de otros tiempos. „Venero mucho, — escribía á este propósito, — á los señores que renunciaron; pero la regla que debemos seguir es la que siguieron los santos Obispos canonizados por la Iglesia, los cuales, comunmente, no renunciaron, sino que cumplieron bien con su ministerio dando la vida por sus ovejas.„

En los propósitos de 1855 dejó el Siervo de Dios documentos de altísima perfección. „Si hablan, — dice, — mis enemigos por ligereza, no he de hacer caso: no sabe reinar quien no sabe disimular. Si hablan por malicia, he de perdonarlos: cuanto más santo es un hombre, tanto es más contrariado de parte de Dios y de parte del mundo. De parte de Dios, que le prueba como á Tobías, Job, Abraham y otros. De parte del mundo, ya porque está diametralmente opuesto á lo que él hace, y por lo mismo ha de chocar más, ya también porque Dios se sirve de los mundanos como de instrumentos para pulir nuestra alma. Son nuestros maestros, y como á tales los he de amar y pagar su salario con oraciones y dinero. Con oraciones, como lo hacían Jesucristo, San Esteban y otros Santos; con dinero, haciéndoles limosnas á imitación de los Santos, que dieron dinero á los calumniadores y verdugos.„ Acerca de la crítica de que son objeto las obras que se hacen, anotó esta admirable regla de conducta, que él observaba con toda puntualidad: „Si critican la obra porque se ha hecho mal, enmiéndese. Si porque se ha hecho bien los malos la censuran, no darle importancia. Si se ha hecho bien y la censuran y critican los buenos ó amigos porque lo comprenden mal, en este caso y en todos callar y ofrecer á Dios la pena.„

El ejercicio de la presencia de Dios, la confianza en Él, la mansedumbre y la humildad forman el objeto de los propósitos que hizo el santo Prelado en los ejercicios espirituales de 1856. Sobre la presencia de Dios renueva lo propuesto en los años anteriores; sobre la confianza en Él dice sencillamente: „Pensaré lo que sentí en la oración de la Samaritana sobre

aquellas palabras: *Ego sum*: „yo soy„; con las cuales le comunicó la fe, el dolor de los pecados y la gracia y celo de predicar y hacer conocer á Jesús.„ Acerca de la mansedumbre escribió estas palabras: „No hay inquietud exenta de culpa, por natural que parezca, ni apetito legítimo que no convenga á veces refrenar.„

Entre las varias reflexiones que se hace para el ejercicio de la virtud de la humildad, la que sigue es ingeniosísima y muy bien fundada. „Me figuraré, — dice, — que soy como un cuadro en que Dios ha pintado su imagen y semejanza; miraré detenidamente este cuadro por delante, y daré gracias á Dios porque obra en mí cosas grandes el que es Todopoderoso. Miraré el cuadro por detrás, en que está mi retrato, así como delante está el de Dios. Detrás de un cuadro no se ven sino listones y tachuelas que aguantan un lienzo manchado. Los listones son mis defectos, las tachuelas mis imperfecciones, la tela es mi vida y las manchas son mis obras buenas; pues, como dice Dios, *nuestras obras justas son como un trapo asqueroso*. Miraré á todos como cuadros y retratos que son de Dios: á ellos miraré por delante, y los apreciaré y veneraré; y á mí me miraré por detrás, y me humillaré y despreciaré. En ellos siempre miraré sus buenas cualidades, y en mí las malas, como lo hacía San Francisco.„

¿Qué de extrañar es que quien desde este punto de vista miraba las cosas fuera tan benigno, amable é indulgente con toda clase de personas, y sólo consigo áspero y riguroso? Sobre tan hondos y sólidos cimientos de humildad levantó en Cuba tan alto el edificio de la perfección, que la fama de su santidad era común, no sólo en su Arzobispado, sino en toda la Isla, como podría largamente probarse por las declaraciones de muchísimas y respetables personas que entonces vivían en aquella rica colonia de España. Prescindiré aquí del testimonio de sus familiares, los cuales están todos contestes en afirmar que el pueblo le llamaba vulgarmente *el Santo* y que todas las personas de virtud le tenían por tal; pasaré por alto las cartas que tenemos de los Excmos. é Ilmos. Arzobispos y Obispos de Santiago de Cuba, la Habana y Puerto Rico, en las que tan respetables Prelados claramente expresan el elevado concepto que de la santidad del Siervo de Dios tenían, y cómo ésta era opinión común en todos los que en Cuba le co-

nocieron, pues no quiero cansar al fatigado lector con repetidos testimonios de lo que ya sabe; sólo citaré un párrafo de la carta que el Rdo. P. Pablo Valier, de nuestra Congregación, antiguo Visitador de nuestras Casas en la República de Chile, escribió el 11 de Julio de 1880, por los curiosos datos que contiene. "Asegúrame, — dice, — la Madre Enriqueta Purroy, que durante el tiempo que nuestro Padre estuvo en Cuba se hallaba en la ciudad de la Habana, ser allí voz común entre las personas de verdadera piedad que el Arzobispo era santo, que se admiraban de la heroicidad de sus virtudes, y que tenían cierta complacencia y satisfacción en conocer á uno de esos hombres extraordinarios que Dios no envía sino de tiempo en tiempo á su Iglesia. Diceme que cuando el Padre Rector de la Compañía predicaba á las niñas del Colegio donde se encontraba esta religiosa, proponía á nuestro Padre como modelo de virtud, le comparaba con San Carlos Borromeo y les decía que habían conocido un santo que la Iglesia llegaría á canonizar. Esta misma religiosa me dijo una vez que se decía de público que el Sr. Arzobispo contenía los temblores de tierra aplicando al suelo su mano. El P. Francisco Javier Hernández, de la Compañía de Jesús, en su monumental colección de Bulas, Breves, etc., pertenecientes á la América, pone la serie de todos los Prelados de esta parte del mundo. He leído varios de sus catálogos, y aunque distingue con elogios de virtud á algunos Prelados, en lo que es muy parco, sólo tras del nombre de nuestro querido Padre añade: *Murió en olor de santidad.* „

Tres Padres jesuitas del Colegio de la Habana, donde, como se verá, estuvo el Sr. Claret, con fecha 27 de Noviembre de 1880 escribieron lo que sigue: "El Rdo. Padre Visitador Juan Nepomuceno Lobo, sabiendo que este Colegio poseía algunos objetos que pertenecieron al difunto Sr. Claret, dispuso se conservasen con sumo cuidado en la esperanza de que un día serán reliquias de un Santo. „



CAPÍTULO X

CÓMO FUÉ LLAMADO EL SEÑOR CLARET Á ESPAÑA, Y DE SU VIAJE Á LA PENÍNSULA

1. Predice su llamamiento á Madrid.—Visita á Baracoa.—Última Misión del Siervo de Dios en Cuba.—La Reina le llama á Madrid.—Conjeturas que se hicieron sobre el fin de este llamamiento.—2. Sale de Santiago y se detiene en la Habana.—Cómo aprovechó el tiempo en esta capital.—Cura con su bendición á un moribundo.—Tranquiliza en pocas palabras á un alma que hacía años padecía muchos escrúpulos.—Encuentro providencial con el que había atentado contra su vida.—Ejemplos de humildad que dió en el Colegio de los jesuitas de la Habana.—Testimonios de afecto que dió al Siervo de Dios la ciudad de la Habana.—3. Se embarca en el vapor *Pizarro* para la Península.—Vaivenes de la navegación y pruebas de amor y respeto que recibió durante ella.—Llega á Cádiz, y recepción cariñosa que le dispensó el Ilmo. Arbolí.—Pide éste al Siervo de Dios unos Apuntes sobre los deberes del Prelado, y elogios que hizo de ellos.—Llegada del P. Claret á Madrid.

1. Algunos meses después de haber recibido la respuesta del Sumo Pontífice Pío IX, en que le decía ser su voluntad que continuase en el Arzobispado, á no ser que estuviera en peligro su vida, el Siervo de Dios, que por divina revelación sabía ya lo que dentro de poco había de acaecer, resolvió continuar con la carga hasta que el Señor dispusiese lo contrario. Así, pues, restablecido completamente de sus heridas, á mediados de Febrero de 1857 emprendió la santa visita pastoral de la jurisdicción de Baracoa, que era un punto en el que había estado una vez menos que en las demás partes de su diócesis. Antes de partir dijo á sus familiares: "Voy á hacer esta visita, porque de no ir pronto tendré que dejarla sin hacer „; y luego, dirigiéndose á D. Dionisio González, su nuevo Provisor, á quien acababa de nombrar Gobernador eclesiástico para mientras durase aquella ausencia, añadió con una sonrisa dulce y significativa: "Entérese Ud. bien de los asuntos del Gobierno,